



Miguel Arteche

Fénix de madrugada

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Miguel Arteche

Fénix de madrugada

AL SALIR DE UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN

De nuevo estás aquí, frágil anémona:
te acercas suavemente y en tus manos
alzas el cáliz destellante:
toda la noche te ilumina.
Viento eres tú que me conmueve,
viento que se arrodilla,
luces, olas y espumas.

Me levanto y me limpio del dominio del sapo,
con la infernal rojez bajo mis párpados,
plutónicos destellos que aún me ciegan.
Pero oigo la zampoña de los muertos
que suena en mis oídos.
Hipnótico fulgor, pétreo era el ojo
de la Gorgona: cómo
poder borrarlo. Pero tú lo borras.

Deja besar tu rostro: deja que ahora roce
tus manos en mis ojos: limpia y viva
estás aquí otra vez.
.....En la quietud me tocas
el corazón para calmar sus fuegos,
niña Nausica.

CANCIÓN A UNA MUCHACHA AJEDRECISTA MUERTA

Llueve sobre el verano del tablero.
En blanco y negro llueve sobre ti.
Nadie controla tu reloj: te espero
.....para jugar allí.

¿Tú mueves o yo muevo? Quién lo sabe.
Quién sabe si allá juega o juega aquí.
De pronto tu tablero es una nave
que te lleva y nos lleva hacia un jardín.

Hacia un jardín remoto de caballos
que inmóviles nos miran, y a un alfil
que negro lanza rayos, rayos, rayos,
y hace mil años que está de perfil.

Hacia un jardín remoto de tres torres
donde una dama blanca va hacia ti,
te llama a ti, y tú hacia ella corres
.....y no hay en ella fin.

Donde un peón ha roto ya los sellos
y te ciñe las sienes de marfil,
y un rey recoge ahora tus cabellos
para cubrir con ellos su país.

Hacia un jardín remoto al mediodía,
donde el agua se tiende en su dormir,
y ya no hay sed y nunca hay todavía
y hay un árbol de sol en el jardín.

Sólo que tú no estás. Y está la luna
cayendo interminable en el jardín
sobre las soledades de una cuna.
Y hay olor de silencio y de partir.

CANCIÓN DEL ALFIL NEGRO Y LA DAMA BLANCA

Negro el Alfil contra la Dama blanca,
negro el Alfil apunta a la garganta
de la blanca Dama,
de la Dama blanca.

Negro el Alfil dispara y se adelanta.
Negra es la bala que va hacia la garganta
de la Dama blanca,
de la blanca Dama,
de la Dama blanca.

Negro es el rayo que el Alfil levanta,
negro el sonido negro corre a la garganta
de la Dama blanca,
de la blanca Dama,
de la Dama blanca.

Blanca es la Dama, blanca es su garganta.
Pero el cáliz levanta

con su blanca mano,
con su mano blanca
con su mano blanca.

DE PRONTO EN UNA PLAYA INTERMINABLE

Toco en la oscuridad las cerraduras.
¿Cómo llegué hasta aquí?
Es una extraña casa
que rodean tinieblas, y me llaman.
¿Quién eres tú, la que me canta?
Recuerdo ahora el mar. ¡El mar! Si yo pudiera
volver al mar a aquella playa
donde llovía siempre. Allá arriba las verdes colinas
y más allá la tierra escarlata, y la Gran Cordillera
que vigila volcanes, el viento que sopla desde allí,
y el cielo de cristal.
.....Nadie en las dunas.
La lluvia ahuyenta
y me deja solo en esta playa de pronto interminable.

Como el mar es la casa, como la lluvia sus muros.
Siento mis pasos: ya están aquí, y abro la puerta.
¿Cómo cruzar el fuego que arde entre tus pasos y los míos?
¿Quién me trajo a estos muros que se encienden y se apagan?

Y entro en otros cuartos que se abren a otros cuartos,
y el silencio es un cingulo dormido en los dinteles.
La imperceptible niebla empapa las recámaras,
pisa los zócalos, roza ventanas, hunde los lechos.

Mis pasos se adelantan al llegar a la sala, al llegar a la mesa,
al llegar al libro abierto de polvo,
al libro y a la mesa que nadie ha tocado en mil años,
y nadie vendrá.
.....Pero ahora la niebla
toca con su frente los umbrales.
Ya no hay nadie en la casa. (Si hubiera alguien,
¿a quién amar ahora?). Toco la mesa
y la mesa se ilumina.
.....Toco las cerraduras
y las cerraduras se abren.
.....Toco en la oscuridad los muros,
y los muros se apartan,
y escucho en el silencio de la sangre el río que me habla sobre esta oscuridad

EL JARDÍN

En ella caen todos los emblemas
desnudos del otoño: por su cuello
fulge y resbala una dorada rama
sin fin, y en ella sólo es el silencio
aquello que escuchamos por la tarde
cuando no se oye sino su silencio.

Con ella el tiempo es resplandor y pátina

y una constelación sobre su cuerpo.

Sus sienes siempre susurradas sienten

manos de niebla sobre un frío yeso,

y en los ojos doblados de penumbra

no se oye y se oye sólo su silencio.

La luz por ella es puerta abandonada

que bate el viento, viento, viento, viento.

Y la lluvia que cierne su ceniza

corona el resplandor cruel del cielo,

y en ella hay lunas que se van a tientas

como a tientas se escucha su silencio.

Todo el jardín la está rodeando: nadie

sino el jardín. Y en la quietud un perro

tendido cerca del ciprés dormita.

Alguien se acerca sigiloso: yerto

toca la silla donde está sentada.

¿Quién, quién es? Y es sólo su silencio.

No hay nadie en el jardín. Pero alguien llega.

Nadie roza la silla. Nadie. Pero

sobre ella quema un resplandor de manos,

alguien que le lanzó copos de fuego.

El agua es llamarada entre sus ojos.

¿Quién eres? Nadie. Sólo es su silencio.

Nadie ha cruzado por el mes de junio

de este jardín inmemorial y quieto.

Ella y la silla están en el otoño,

y el perro que se fue. Y en su cabello

la rosa de oro que jamás ha visto.

¿Quién se esconde y esconde en su silencio?

Ella y la silla son. La luz tamiza

el áureo esmalte del jardín y el suelo.

De súbito unos vientos en sus ojos

soplan desde los campos de dos sueños.

Los vientos cesan. Alguien se aproxima.

¿Quién la ha rodeado de un doble silencio?

¿Quién, quién es? ¿Quién eres tú, quién eres?

¿Quién se esconde y esconde allá muy lejos?

Estás tan cerca que te toco: estás

a mil otoños de distancia luego.

Cae una lluvia diminuta ahora.

Ella viene a través de los silencios

sobre el jardín donde sus pasos laten.

Entra en la casa donde sólo un eco

brotó del muro: nadie le responde.

Nada si no el rumor que se desliza

como un arroyo en medio del silencio.

Nada sino el clamor de sus pupilas,

la tersa piel de la penumbra, el beso

de labios transparentes. En la casa

todo se hace invisible: sobre el hueco

de su almohada hay apenas un sollozo

que nadie escucha salvo su silencio.

Junio está oscuro en su jardín. Oscura

su casa oscura. La lluvia del tiempo

camina a oscuras cuando ella camina:

se lleva su jardín. Y en el silencio

lo sabe todo la muchacha: sabe
toda la niebla de sus ojos ciegos.

EL QUE ME HABLA EN SU SILENCIO

Te encuentro ahora en esta costa oscura.

La niebla yerta de tejido espeso
me separa de ti, y es implacable.
Yo sé que estás ahí: siento tus pasos.
¿Qué pasos son si llegan transparentes?,
¿qué voz acude si parece que
viniera de ti mismo y no viniera?
Yo no puedo pasar. ¿Cómo te alcanzo?
El latido del mar rompe la espuma,
y estallan las arterias de los rayos
en esta medianoche de tu muerte.
Las dunas tiemblan si tu cuerpo pasa
rozándolas, y escucho sólo el viento.
Y estás aquí y allá sin que te muevas;
pero tú eres de luz y yo soy sombra;
ahora vives de luz, y yo soy noche.
Tu cuerpo es el fulgor de otros fulgores,
y los años no son porque tú estás,
y el espacio no es porque tú eres
todo el espacio que no encierra espacio.
Tú tienes niebla y me hablas en silencio,
y te alejas de mí como se alejan
galaxias de galaxias de galaxias,
y luego estás aquí como el relámpago
nevado sobre el sol que hay en tu rostro.
¿Quién te envió a la muerte, y sonreía?
Te siento con el viento de la playa
venir sobre mi propia soledad.
Los muertos recibieron su lección,
y están, por fin, unidos y secretos.
No nos hablan: nos rozan y se alejan
por esta costa oscura y este mar.
Háblame ahora. ¿Acaso es el silencio
la voz de luz gloriosa de los muertos
y en el silencio viven con nosotros?
Déjame que te escuche en tu silencio
y que me sienta siempre junto a ti.
Un día he de cruzar toda tu niebla
en esta costa oscura de tu muerte.

EL QUE SE ALEJA SEGUIDO POR EL RAYO

Umbrales de sol en la niebla, y la calle
que vio el jacarandá tras la perdida trama de los años:
noches de cristal entre nosotros
y la red del sol entre tu boca y la mía,
tenue red que me llevó al asombro
dorado del amor.

.....Y me dormí al amanecer,
cortado de ti, re-
banado de
ti.

Y el rayo tendido como un perro,
el rayo que me sigue.

No podemos vernos en las manos: tú eres
mis manos ahora que despierto
de aquel lugar del sueño en que apareces
para dejarme a solas: llevado a no sé qué
trueno de otoño, racimo de tu sombra
y de mi sombra,

cortada de mí,
re-
banada de mí.

.....Y el rayo que me sigue como un perro
cuando nos encontramos
en la pequeña calle que se oculta
tras el jacarandá.

.....Olvidados nosotros
de nosotros: todo el cuerpo
en el silencio de encontrarnos.

Pero el rayo
me sigue como un perro desvelado.

Ya no estaremos en los ojos: nunca
podremos quedarnos en los ojos, porque en los ojos nadie
podría separarnos.

.....Y aunque tú no me respondes
tú eres palabra de noche que me habla
al despedirnos en la pequeña calle
que gira en torno al jacarandá

.....mientras me alejo
para siempre seguido por el rayo.

EL ROSTRO

¿A quién te volverás el día señalado?

Ahora ya sabes el viento que te espera.

Serás la llama vestida de llamas,

ojos llenos de luz con agua de fuego

en tiempo de sueño sin espacio.

.....Lo que ven ellos ahora

es tu despedida.

En la casa no se escucha

la voz que sólo tú oyes.

.....Abres la puerta,

y sin embargo hay pasos.

.....Te traen el cáliz de oro

del otoño. Tú buscabas el Rostro. ¿Conoces el camino?

¿Quién eres ahora al final de tu vida?

Tantos años de vivir por la palabra

cuando lo que importa es sólo el Rostro.

¿Pero no es el Rostro la única palabra?

Hacia el Rostro te inclinas

como el niño se refugia en el pecho de la madre.

Bajas por las anchas escaleras

para llegar a ese camino oscuro

que se abre al resplandor. (No importa

qué cosas veas: repite la Palabra

en medio de la noche). Te han de esperar

las últimas tinieblas.

Ellos ven ahora sólo tu despedida.

Te lleva la Palabra.

El Rostro se vuelve a ti con toda la luz del mundo.

EL UMBRAL

Abre la luz sobre mis ojos.
En el principio hay ojos, sólo hay ojos,
y cuerpos como estrellas, y aguas niñas,
y vientos tibios sobre manos tibias,
y nunca el frío orgullo del invierno.

En el umbral estoy: tus dedos rozan
la sal, que hacia mis labios se desliza.
El cielo es junio: torvas son las nubes.
¿Quién te quitó de mí?
.....Tráeme el eco
y las pavesas de tus pasos tráeme
antes de que te vayas y me encuentres
sin nunca más saber quién soy, quién eres.
No pude estar en ti, tú que me amaste.
¿Cómo poder amar sin conocerte?
Tal vez te siento ahora: cuando llueve.

Es la región donde la lluvia zumba.

La salamandra hipnótica
vigila: tú te tiendes y te escondes
para pasar mil años tras las llamas.
Las llamas de las olas que ahora vienen.

Mis ojos son más ojos en la tierra
que piso ahora hacia el final del mundo.
¡Y de pronto no estás! Siento tus pasos,
siento el rumor del agua entre dos ríos.
Me alzas sobre tu copa y me sostienes
como una nube dormida en la mano.

Y estás de pronto aquí: tú abres el agua.

ESCRITO AL AMANECER

... la más suave doncella
me vierte el aguamanos en jofaina de plata;
me sirve pan y vino sobre mesa pulida
antes de que se acerque la noche.

Y me dormí pensando en él, mientras la nieve
cae profundamente en mi pasado, y cae
sobre este mar de tinta. Por la noche y el alba
siguió la nave sola.

.....La esperanza perdí
de encontrarlo.

.....Nadie había en la nave;
y en las islas del viento
nadie me dio noticias de mi padre,
ni más allá en la tierra de la pócima mágica.
Por el alba y la noche siguió sola la nave.

Ahora sé que está muerto, que es inútil la nave,
inútil es el mar y todos los conjuros;
no importa donde esté, si en alguna ribera
sus huesos se deshacen en los dientes del viento:
inútil suena todo. Nunca estuvo conmigo,
ni siquiera el sueño me ha traído sus ojos.

Por el alba y la noche volvió la nave al puerto.

I.

P.

Llegaste en esta noche y esta brisa:
apenas sombra.

La red te iluminaba todo el rostro:

apenas agua.

Tu nombre era aquel nombre y no era el nombre:

hilo de estrella.

Y me rozaste apenas, tú, suavísima,

mi pequeña, mi nunca, mi perdida,

porque no estás aquí y estás conmigo:

hoja de sol

que cae sobre el rostro de mis años

en esta brisa.

En esta noche

me llamas a tu siempre claridad:

no me has dejado.

Después de tanto río me recuerdas:

no me abandones

en esta oscuridad de laberinto,

mi cristal diminuto,

mi transparente niña

muerta.

LA ÚLTIMA CASA

Oscuras son las calles, y hay una mesa sola
en una casa sola. Me interno en el jardín
que mojan las tinieblas y tres cipreses guardan.
Abajo van y vienen las llamas de las olas.
Las islas se estremecen en la noche.
El poderoso viento sale del mar oculto
y parece que a todos nos llevara.
Alguien abre la puerta, y entro en la oscuridad.
El agua cae: siento que en ella cae
el agua de este mundo. ¿Acaso hay agua
más allá de este mundo?

.....Llegué a desierta playa
jamás pisada por alguien que quisiera volver.
Las islas me hablan en la noche: me dicen que esperan.
En la casa hay susurros de voces nunca oídas,
resplandores de voces que me invitan. ¿Adónde
me invitan? Es una casa sola con una mesa sola.
¿Acaso soy de aquí?, ¿y por qué estoy aquí?
"Te esperamos. Ahora que ya llegaste, toma

este esplendor, la copa de cristal, levántala:
es la llave de plata que cerrará tus años.
El agua que cruzarás jamás se atravesó.
Mana el agua de aquí: debes seguir tras ella.
Nadie la cruzará sin que alce la copa".

¿Quién me tendió la mano? Esa mano penetra
en mi mano, y se funde con ella, y se enciende
de claridad. ¿En dónde he tocado esa mano?
En esa mano hay llamas de otras manos que amé,
de otras manos que nunca pensé que yo amaba,
de otras manos que nunca supe yo que me amaban.
Sólo ahora descubro el amor que no sacia,
en esta casa sola, en esta isla sola,
cuando el agua no deja nunca ya de caer
como el amor, y se llena la casa de llamas.
"Pero debes partir", me ha ordenado la mano.
"Lo que tú has descubierto es apenas un soplo
del amor, una sombra de sombra en la sombra".
Y de pronto me hallé de nuevo en el jardín
que empapan las tinieblas y custodian tres cipreses.
Y las islas se estremecen en la noche, y las islas
estremecen la noche.

.....Y otra vez el silencio.
Las islas enmudecen y la noche enmudece.
Ya no hay sino silencio, el silencio
de la copa que llevo levantada hacia el agua.
La luz que de la copa se levanta me lleva.
Sobre el agua sin fin me está esperando el barco.

Y me veo en el barco. El poderoso viento
nos arrastra al espacio centelleante de estrellas.
Constelaciones de olas regresan sobre el barco,
y en el barco no hay nadie, ni siquiera silencio.
"Estás perdido ahora: no hay mano que te lleve;
el agua está podrida; ya no hay luz en la copa;
arrójala a las olas que vomitan pasado
de tus años. ¿Dónde estaba la copa
y la luz de la copa?

.....El agua ya no existe,
y el barco se desliza sobre arenas oscuras.
¿A quién llamar ahora si he lanzado la copa
a las olas de arena de la nada?
.....Los muertos
aparecen con sus alas de musgo, y el barco

se está hundiendo en la arena.
....."No tiene madre el cielo"
me dicen. "Sólo la nada es madre.
Todo lo que creaste fue a la estéril arena.
y fue estéril tu amor, y tu odio fue estéril.
Ya no hay islas ni casa, ya no hay olas ni viento.
Ahora ya lo sabes. No hay agua de otro mundo".

Y otra vez el silencio regresó sobre el barco.
A lo lejos las islas. Nunca las olas fueron
arenas: a lo lejos las islas se estremecen
en la noche, mecidas por el agua que vuelve.
Resplandece el cristal de la copa en la proa
y el viento poderoso nos lleva hacia la Casa.
El agua que ahora cae me vuelve transparente.
Sólo entonces me acerco a la Copa y levanto
todo lo que hay en ella de muerte y nacimiento.
Y en el puerto la Mano dice que hemos llegado.
El aire es de diamante, fúlgidas son las calles,
brilla el jardín; de pronto los cipreses
levantan sus tres llamas.

.....En la Casa la mesa
radiante nos espera, y en la mesa la Copa
que levanto es ahora un relámpago quieto,
y mis segundos ojos y mis segundas manos
me dicen que he llegado a la última Casa.

LA VISITA

Huí de mi país porque a mi casa
se acercan ya los asesinos.
Abro la puerta en otra tierra y pasa
la niebla con sus dedos repentinos.

Se sienta aquí sobre una silla sola,
me mira sin mirar y se desliza
como el sudario de una ola.
La niebla tiene sal y tiene prisa.

Y luego borra muros y ventanas,
mañanas y mañanas y mañanas:
me borra todo con su voz borrosa,

me dice aquí con su pisada trunca
lo que hay de nunca en la palabra nunca.
La niebla y yo somos la misma cosa.

LOS QUE RESPLANDECEN EN LA NOCHE

Están aquí en la noche
más jóvenes que nunca, albores de sus venas,
fulgores de sus ojos inviolados:
llamas que arden sin arder, pies y manos
sellados por el óleo:
esplendores que giran sin moverse
con el sol nocturno que corona sus cabezas:
interminables cuerpos
de fuego que se extingue y no se extingue;
transparentes de ser cuerpos
que nos tocan:
bocas gloriosas que desprenden estrellas:
están en todas partes y no están en todas partes,
y están sin espacio,
sin espacio sin espacio sin espacio
de nunca estar estando: ágiles
como todo el relámpago: purísimos
de ser siempre nuestra compañía: tiernos
cuando nos tocan en el sueño,
cuando nos besan y decimos que es la brisa.

Están aquí para que los miremos sin mirarlos,
los únicos que nos borran la tristeza de estar vivos,
los únicos que nos dicen que a la Casa no hemos regresado.
Están aquí más jóvenes que nunca
en sus radiantes cuerpos,
en sus perfectos cuerpos esta noche,
vestidos por el agua y por el fuego,
más jóvenes que siempre en la sustancia de la luz,
los Resplandecientes.

MONÓLOGO EN LA TORRE

Esta es la Torre donde te refugias
cuando la noche llega y sientes miedo.
Torre de los espejos y los biombos
de carne y de los muros con mil ojos.
Por las habitaciones se pasea
el pavor del silencio que te impide
bajar los párpados. Nunca amanece.
No llega nunca el sol sobre tu almohada.
Con la cera de lenguas que te adulan
cierras en vano tus oídos: no hay
cera en el mundo que cubrirte pueda
del ay y de los ayes moribundos

que clasifican tus sicarios. Suena,
suena el teléfono que tienes cerca.
Te llaman todos tus asesinados,
y cuando cortan de tu mano corre,
cae y resbala un óxido de llanto.
¿Cómo dormir, cerrar, cerrar los ojos
de los muertos que gritan en tu cama?
Te levantas, te siguen, y en tu boca
hay un sabor de sangre derramada
que no podrás restituir. La sangre
tiene puertas y puertas y más puertas
que nunca cerrarás. Y tú lo sabes.
Y cada noche se abren otras puertas
en la Torre, que tú ni tus validos
pueden tapiar. Ni tus bufones.
Y en los muros hay caras que se encienden,
que te acechan, relámpagos de náuseas,
y un grito, un grito allá en los corredores.
Dormir no puedes. ¿Por cuál de esas puertas
vas a salir? ¿Salir? Zumban coléricos
los élitros sin fin de tu helicóptero.
Se apagan ya las caras una a una,
pero otra vez se encienden en tus manos.
¿Jamás las viste? ¿Nunca las tocaste?
También las manos gritan y se arrastran
sobre fecales heces en las cuatro
paredes de la cárcel, cuando se hunden
rayos testiculares. ¿No los sientes?
No te puedes quitar las manos como
quien se saca los guantes. Y te unes
a ellas, sólo a ellas, como el agua
se une en el agua con el agua.

.....Siéntate.
En el umbral está el que te esperaba.
¿Lo ves? ¿Lo reconoces? ¿No lo ves?
Pero, ¿qué pueden ver ojos ferales?
Levántate. Te busca el que te espera.
¿Que allí no hay nadie? No: había nadie.
¿Y no eres nadie tú? Vuelve a tu espejo:
algo se arrastra allí, turbio y viscoso.
La niebla cubre ya los corredores.
Más allá de la Torre yace el mar.
Por la ventana que se ha abierto mira,
pero en el mar sólo tú ves su sangre.
La Torre ahora es para ti mortaja
blindada, cerca de tus ojos pétreos.

La noche te rodea en metralletas
que (tú crees) alejan a la muerte.
Los centinelas se responden bajo
la bruma que se arrastra, cubre y lame
los vientres del acantilado. Ulula
una sirena. Un tiro. Ulula un ay
en las tinieblas. Pasos que resuenan,
y tras los pasos una voz. Desciendes.
En los peldaños, nadie. En las paredes,
nadie. En la bruma donde espera nadie.
Las grandes puertas se abren solas: estás
rodeado por tus nadas y tus nadies.

El pulso de las olas late y late.
Si llamas a tus guardias, no responden.
En las explanadas de la Torre ves
sólo el silencio cuya piel divide
el alarido fantasmal de la
gaviota. Las estrellas se han hundido.
Alguien se yergue sobre aquella roca.
¿Y tu poder? ¿Y aquellos que mandabas?
El poder que se pierde es para siempre
un cigarrillo pisoteado.
Sobre el acantilado te detienes,
y allí te espera el único que fuiste.
Pero no está: la bruma te corona
y pone en ti una máscara de vómito.
¿A quién hablas? ¿A quién? Nadie te escucha.
No hay vítores, ni aplausos, ni zalemas,
y nadie multiplica tus palabras.
Hablas a solas para ver si te oyes,
y sólo escupes sílabas de hielo.
Por el sendero que baja a la playa
sube una taza de sangre a tus labios.
¿Que no quieres beber? Tendrás que hacerlo.
¿Pensabas que la sangre derramada
se agota en una taza? Ya no bastan
mil años. En un hombre torturado
estalla toda una galaxia y deja
silencios más silencios, más silencios.
Nunca podrás cerrar los ojos.
En cada grano de arena hay un ojo
que fosforece, te mira y te acecha,
y no hay en ellos pupilas serviles.
¿En dónde estás? ¿Por qué, por qué te miran?
Tus ojos y tus ojos y tus ojos
que ven y no verán y nunca vieron,

¿no saben ver lo que ahora te susurran?,
¿no te acordabas del sabor que tiene
el miedo? El miedo que se pega a tus
labios. La playa ya siente tus pasos,
y hay ayes y más ayes y más ayes
cuando la arena pisas. ¿Quién te hubiera
dicho en la noche que los muertos tienen
tanta sangre? Y ahora estás atado
y no puedes huir. Alguien te acerca
a tu boca un micrófono, y hay voces
membranosas en el viento otoñal,
y hay bisbiseos de viejas sin dientes.
Tarde vinieron, pero ya se acercan.
¿No escuchas los tambores en sus ráfagas?
Ya no hay rincón donde esconderte puedas.
Soy yo el que te habla porque yo soy tú.

Vamos. El barco nos espera.

NO ESTÁN

Esa casa no está, no está esa puerta
ni las hortensias que rodeaban todo,
ni está el cálido umbral ni la desierta
barca de bronce y sol que de algún modo
me resguardaban del espanto oscuro,
de aquel país nocturno y susurrante,
de la luna que cae en un instante,
del mar inquieto y del ardiente muro.
Esa casa no está, pero regresa
como regresa el viento memorable,
el lápiz tierno y la perdida mesa,
y el sueño del verano interminable
que ya no volverá. Todo se ha ido.
Memoria fue del río y del olvido.

NOCHE DEL FÉNIX

Con lluvia de luna: el Fénix
se posa sobre el ciprés.

A medianoche surge el sol del fuego.
El oro inquieto del furioso fuego.
La piel del oro en el oculto fuego.
La sangre de oro que ha sellado el fuego.

Con lluvia de luna: el Fénix

desciende desde el ciprés.

¿Quién muere con el Fénix?
El fuego muere con el Fénix,
la luna muere con el Fénix.
Con la lluvia de fuego
muere el Fénix.

Con lluvia de luna: el Fénix
se sumerge en el fuego.

Sus ojos de oro mueren
con el Fénix.

Tan quietas las cenizas
del Fénix.

PARA DESTERRADOS

Nada hay allí que toques con tu mano,
ni pan, ni "buenas noches", ni esa silla
donde se apaga y luego donde brilla
lo que está cerca y a la vez lejano.

Nada hay allí: sobre un septiembre oscuro
otro septiembre luminoso cruza.
Ni hay sal, ni "cómo estás": sólo la intrusa
muerte extranjera y un extraño muro.

Nadie en el bus te mira o te saluda,
ni sabes tú si el término del viaje
será aquella estación y aquel paisaje
que abre tu cuerpo en dos y lo desnuda.

Nada hay allí: sí escuchas unos pasos
que suben, "¿quién será?", por la escalera,
piensas en un llegar de cordillera
y en tu natal país y en otros brazos.

Nadie en la carta que recibes: dejas
la carta en el bolsillo, y de improviso
sientes que ya no estás, y un indeciso
terror de ya no ser cuando te alejas.

Nadie te vio partir, ni sabe dónde
tu mano se te muere en otra tierra.

Nada hay allí, ni nadie te responde
mientras tu puerta se cerró y se cierra.

SÓLO EL NOMBRE

Has abierto la puerta hacia la noche
grande, y en el umbral estás sin nadie.
Sabes que nunca más oirás tu voz,
ni las palabras de los tuyos: sabes
que nunca más tu mano ni las manos
amadas ni los besos.
Sólo una trama de tinieblas se abre
sobre las dunas, y en el mar descienden
cenizas. No hay umbral: desaparece
tu casa poco a poco: sólo hay ramas
invisibles que manos invisibles
mueven tras el silencio de las olas.
Qué extraño es el pasado de los muertos.

Y luego ya no hay mar: sólo susurros
que se acercan, te dejan y te alejan
de ti y de todos los que tú quisiste.
Y ya no hay nada en el hogar, ni sombra
de llamas en tu cuerpo, ni en la copa
radiante el vino que en la tarde beben
mientras la lluvia apaga tus palabras.
El acre incienso cubre tu camino,
y otros sonidos buscan los sonidos
que tú creaste. Y luego es el silencio
final de los silencios. De improviso
una ventana se abre con el sol
de aquel verano: es un jardín oculto
que ves y no verás, y reclinado
sobre una mesa de oro y esmeralda,
el esplendor que tuvo esa muchacha,
plata del viento tibio en sus cabellos.
Y luego nada más: sólo recuerdas
abejas que zumbaban en las rosas
silvestres, y tu rostro en el espejo,
tu rostro que te borra poco a poco
la niebla incierta de la cierta muerte.
Tiempo y espacio para ti estallaron.

Un nombre: sólo un nombre, sólo sílabas
que pronto olvidarán. ¿Qué es el morir
para el que ha muerto?: médanos y más médanos
de playas que no son, por donde silban

pájaros que no están: pasos sin pasos.
No estás siquiera dentro de ti mismo.
No tienes nombre. Nunca te llamaron.
Jamás te llamarán: *cines et manes*.

Pero el óleo te lleva de la mano.

VIAJE EN LA OSCURIDAD

La oscuridad se cierne en la casa solitaria.
Cruzas cerca de las hortensias, y entras
en la biblioteca. Nada interrumpe el silencio,
salvo una escala de luz que vibra en los cristales.
La calle parece haber enmudecido.
Tanteando el borde del tablero
de la mesa, buscaste la silla, y el año
que alguien allí grabó en tu infancia.
Y te sentaste en la silla de la oscuridad.

Más allá de la puerta llegó el murmullo,
y con el murmullo el frío.
.....¿Qué había
detrás de esa puerta? Alguien habla muy bajo,
parece dirigirse a otra persona. La voz
te llega ahogada, tal si viniera
de la profundidad de unas aguas.
¿Acaso estuvo allí esa puerta?
.....Te dijo: "ábrela",
te tomó del brazo, y te mostró el libro.
Su mano brilló en la oscuridad, y avanzó
hacia la puerta, hizo girar el pomo.
Por la puerta entreabierta llegó entonces
un olor a hogueras otoñales. Señaló los peldaños.
Y descendió: te dijo que lo siguieras:
una corriente fría bajaba desde el techo.
Y hacia el fondo las tinieblas. Entonces
lo seguiste, los muros impregnados
de humedad, y el suelo cubierto
de ladrillos. Sentí cómo corría el agua.

Pero era otra agua. Y de nuevo los pasos.
No eran sus pasos: eran. Hay ciertos
pasos que vienen y no vienen, y tú los escuchas,
y parece que nunca existieron. (Chilla una rata
y cruza huyendo). La puerta
se borra lentamente.
.....De pronto se detuvo

cerca de cuatro arcadas blancas, y en el centro
ese pozo cuyas aguas se agitaron
tres veces.

.....De alguna parte
vino otra vez la luz. No dijiste palabra
salvo el sonido del río. La luz
se derramó como la sangre
de un óleo sagrado.

.....Sientes
que llueve en la oscuridad.

VIENEN

Sale el Hombre de la Sangre,
brota el Hombre de Arcilla,
salta el Hombre de la Pierna Pegada a la Nuca,
crece el Hombre Planta, se bambolea
el Hombre de la Llama.

.....Guiña y gañe
el Hombre Lobo.

.....Y se adelantan.
Tañen y tañen y tañen.

Arrojo las sales, y escupen.
Arrojo las sales: vomitan.
Arrojo las sales, y escapan en humo.
Tañen y tañen.

Las caras ardientes avanzan nocturnas,
regresan,
avanzan,
titilan sus ojos,
pulsan sus gélidas máscaras
de plomo.

.....¡La sal, dame la sal, arcángel
que vuelas en lanza,
la sal para las sábanas,
la sal que ahuyenta las caras y las máscaras!

Tañen.

Y en el centro del remolino
ahora vienes tú,
giras vertiginoso, quieres arrebatarme
y devorarme,
hiedes y escapas con tu pie que nunca
lleva talón.

.....Pero en la oscuridad me ciñe
el agua,
.....el agua,
.....el agua con sus
círculos.

Facilitado por la Universidad de Chile

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

